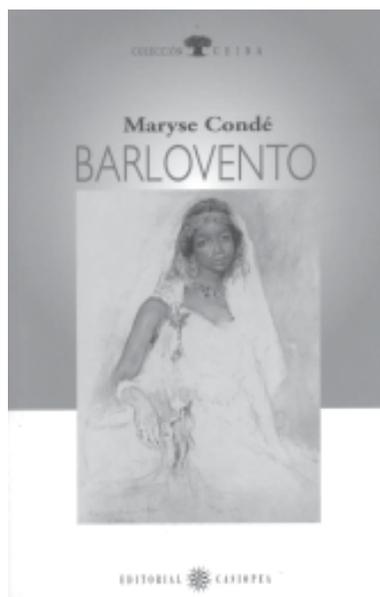


BARLOVENTO
Maryse Condé (2001).
Traducción Mireia Porta i Arnau.
Barcelona: Casiopea.

Nacida en Pointe-à-Pitre, Guadalupe, en 1934, bajo el nombre de Maryse Boucolon, Condé es una autora reconocida gracias a una narrativa que se distingue por el cuestionamiento de personajes estereotipados, así como de falsas concepciones con respecto al colonialismo, el sexo y el género. También ha publicado libros para niños, ensayos críticos sobre escritoras francófonas, sobre literatura oral de Martinica y Guadalupe, sobre la obra de Aimée Cesaire, la ficción caribeña y estudios culturales.

En 1953 parte a París con su familia donde realiza estudios superiores. Entre los años 1960-68, ejerce la docencia en varios países africanos —Guinea, Ghana y Senegal—, etapa que se caracteriza por sus desplazamientos de un lugar a otro para escapar de la persecución que le ocasionó su disidencia ante el poder, es por ello que estos agitados años serán muy provechosos para su desarrollo como escritora.

Las novelas de Condé se sitúan en la intersección cultural que se sucede al explorar la intrusión del imperialismo europeo en África y su resultado: la cultura de la diáspora, particularmente la de las Indias



Occidentales. Si sus primeras novelas exploran el mito del redescubrimiento de los ancestros africanos como solución de la cuestión caribeña, en su obra posterior la autora sitúa en las Indias Occidentales la muerte del pasado mítico, la corrupción contemporánea y la desilusión acerca de la posibilidad de borrar el pasado colonial.

En su novela *La Migration des Coeurs* (1995), traducida como *Barlovento*, en la edición castellana que aquí reseñamos, nos topamos con un experimento intertextual en el que la autora hace una lectura de *Cumbres Borrascosas*, la obra maestra de Emily Brontë, según confiesa en la dedicatoria. No resulta muy difícil asociar esta novela con la de otra caribeña: Jean Rhys y su conocida *Ancho mar de los sargazos*, pues como es ya sabido, Rhys también establece un diálogo intertextual con otra gran obra: *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë. Sin embargo, las intenciones son distintas en ambas autoras, pues mientras Rhys recusa la mirada europea que Charlotte ofrece en su famosa novela, al reivindicar la figura de Antoinette —la caribeña que en *Jane Eyre* encarnará a la loca que arruina la vida de Rochester, su marido—, Condé no parece tener otra intención que la de homenajear la escritura de Emily, tomándola como hipotexto, lo que se demuestra en la mencionada dedicatoria: *Para Emily Brontë, que aceptará, espero, esta lectura de su obra maestra. Con ella, le presento mis respetos.* La autora confiesa, en una entrevista concedida a la escritora trinitaria Elizabeth Nunez, que su infancia fue muy solitaria ya que perdió a su madre desde muy pequeña, lo que la indujo a buscar alguna forma de restablecimiento del contacto con ella, buscándola en la naturaleza. De tal manera que cuando leyó *Cumbres Borrascosas* sintió que la novela había sido escrita para ella, identificándose con Heathcliff y su obsesivo intento de reencontrar a Cathy más allá de la muerte.

Sin embargo, a pesar de tan diversas intenciones, a lo que hay que atender con especial interés es a la inscripción de las dos autoras caribeñas en una tradición de escritura femenina, en medio del androcéntrico canon literario occidental. Condé ha manifestado que escribió su novela para demostrar que, a pesar de las diferencias de época, de situación

social o de ideología, las mujeres pueden comunicarse entre ellas porque parten de experiencias y de deseos comunes. De modo que a más un siglo de distancia, la reescritura de *Cumbres Borrascosas* obedece, más que al deseo de evidenciar las diferencias entre antillanos e ingleses, a la intención de mostrar los puntos comunes.

En *Barlovento* se nos narra la pasión salvaje que une a Razyé, reencarnación del Heathcliff de *Cumbres Borrascosas*, por Cathy de Linsseuil, pasión frustrada en la novela inglesa que se reedita en el contexto caribeño con planteamientos temáticos que le son propios: racismo, marginalidad, diáspora, corrupción política, transculturación. Quizá la premisa básica o el fondo ideotemático de la novela sería la recusación de una de las prácticas de la santería: el culto a los muertos y la reencarnación, puesto que de entrada el epígrafe nos conduce a éste, uno de los sentidos de la obra: *Su muerte nos separa. Mi muerte no nos reunirá*, frase de Simone de Beauvoir, tomada de la *Ceremonia de los adioses*.

La historia se hilvana a través de las peripecias, o más bien, las desgracias que padecen tres generaciones marcadas por el *Eros* y el *Thanatos* desencadenados por una pasión irracional y reprimida: la que nace entre un negro que no conoce su origen ni se arraiga en algún país determinado, y una *beké*, criolla de Guadalupe descendiente de blancos; entre ellos se levanta infranqueable la barrera racial que imposibilita la unión de los amantes, apoyada por la muerte prematura de ella. Por esto, dos motivos impulsarán el desarrollo narrativo del personaje masculino: la búsqueda incansable de la comunicación con su amada más allá de la muerte y la venganza a la que lo impulsa su odio racial, enfilada contra los *bekés* y a la que sucumbirán sus propios descendientes.

El mayor acierto de la estructura narrativa es el carácter polifónico de la misma, puesto que la historia es contada por un narrador omnisciente que abre la novela en un primer capítulo, para cederle la palabra a sucesivos narradores: cinco en la primera parte titulada **Cuba**; tres en

Guadalupe, la segunda parte; dos en la tercera, **María Galante**; uno en la cuarta, **Roseau**; para culminar en la última, **Guadalupe**, cuando el narrador omnisciente retoma la conducción de la historia para cerrarla, luego del discurso emitido por el coro de voces mencionado. Cada narrador va contando su versión de la historia, con lo que se amplía la visión del mundo novelesco en el que se nos sumerge, dando cuenta de la perspectiva del marginado ya que la mayoría de quienes cuentan son mujeres, las criadas o niñeras de la familia burguesa, focalización que le permite a la autora plantear el tema feminista de la opresión que sufren las mujeres, condenadas a la marginación más extrema. De modo que la denuncia de la situación más degradada que ninguna de la mujer negra se presenta en diversas partes del relato, de tan acertada manera como lo hace mabo Sandrine, niñera al servicio de la esposa de Razyé:

Dios mío, ¿por qué tendré ya mis sesenta años? No estaré en esta tierra para ver salir el sol, para ver nacer este mundo en que por fin los negros serán los primeros y los blancos los últimos al igual que pobres y ricos en el reino de los cielos. Además, ¿por qué seré mujer? Los hombres no tienen edad. Si fuera hombre, me habría levantado y habría seguido a esos socialistas (p. 186).

Las diversas partes en que se divide la novela dibujan un mapa narrativo que sigue al personaje central o a sus descendientes a través de las islas que dan título a cada una de éstas, en una búsqueda infructuosa por encontrar un lugar al cual pertenecer. Marcados por el racismo que una realidad colonial impone, Cathy, Razyé y el resto de sus familiares sucumben ante una tragedia que parece marcarlos desde la cuna, la cual, aventurando una hipótesis, podría ser la de la condena a un colonialismo eterno, aunque con diverso ropaje. No es difícil deducir esto de las palabras que Doña Estefanía, una de las amantes de Razyé, le dice en las primeras páginas de la novela:

—Si te marchas, no me quedaré en la Habana. Regresaré a España. Además José Martí murió en balde. Pronto Cuba

será una colonia de América. Sus soldados ya están en el puerto y sólo esperan una ocasión para echársenos encima (p. 24).

Escritora comprometida con el desarrollo de la literatura caribeña, Maryse Condé ha creado el departamento de estudios francófonos en la Universidad de Columbia, donde labora, porque considera que las Antillas anglófonas e hispanohablantes son reconocidas en Nueva York, mientras hay un gran desconocimiento en torno a las Antillas francófonas. El fin de este espacio académico es el de ofrecer la oportunidad a los escritores para que hablen de sí mismos, de su trabajo, y así puedan darse a conocer y demostrar que Aimé Césaire no es el único escritor de las Antillas francófonas. Este empeño por promover la literatura antillana se ha traducido también en la organización de coloquios y la creación del premio de Las Américas insulares y de Guyana, que distingue la mejor obra literaria antillana. Premiada ella misma en varias ocasiones: Gran Premio Literario de la Mujer, 1986; Premio Anais Nin de la Academia Francesa, 1988; Premio Puterbaurg, 1993; Maryse Condé puede considerarse como una de las mejores escritoras de la literatura actual en lengua francesa.

Bettina Pacheco